EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11274

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° ó 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 5 DE JUNIO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

34 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdireccion en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Cabestres 15.

¡QUÉ HORRIBLE!

Por fin se ha hecho la luz en el proceso que marcó la frente de Dreyfus con el mas infamante de los estigmas, con el de traidor á la patria. El cúmulo de pruebas aducidas para establecer su culpabilidad en tan feo delito no era más que un castillo de náipes: la razon serena ha soplado sobre él y se ha venido abajo no obstante los esfuerzos realizados por los enemigos del desdichado capitán para evitar su ruina.

Dreyfus no es traidor; las pruebas que le acusaban eran documentos falsos debidos á manos criminales; los testigos que le cargaron en la cuenta el crimen por el cual le sentenció el tribunal á vivir alejado de su patria y sujeto a un método de vida mas doloroso que la misma muerte, resultan ser falsarios movidos por voluntad espontánea o por oculta mano, Dios sabe con qué siniestros fines. Uno de ellos, ha tiempo que se arrancó la vida al sentirse cogido en la red que tendiera al capitan; otro ha sido descubierto también y encarcelado; otro anda por el extranjero pregonando la parte que tomara en la nefasta obra, como si sintiera placer al ofrecerse al mundo revolcándose en la oleada de fango en que aparece envuelto; los demás, si los hay irán apareciendo poco a poco, pues ya se encargarán de descubrirlos los que al presente se encuentran bajo el peso de la pública indignacion.

El delito realizado por esos hombres no merece perdon; la víctima inocente que desde hace cinco años vive muriendo en alejada isla, sin relaciones de ninguna clase con el mundo exterior, estrechamente vigilado, sin poder salir de un espacio reducido, ni hablar con sus guardianes, reclama un acto de tremenda justicia; el martirio de su degradación lo pide á voces

A través de los cinco años trascurridos, permanece fresco en nuestra memoria el horrible relato de aquel acto tremendo. Las tropas habian formado el cuadro y dentro de él metieron á Dreyfus, vestido de uniforme. El juez de la causa le leyó el fallo del tribunal. Después le arrancaron la espada y la rompieron, le quitaron los galones á pedazos, haciéndole trizas el uniforme y lo hicieron pasar por delante de las filas de soldados que arrojaron sobre él todos los insultos, imprecaciones y denuestos á que se hace acreedor el condenado por traidor á su patria.

Con razón gritaba el desdichado capitan: ¡soy inocente! motivo justificado habia para que imprimiera en su rostro sus manifestaciones, la locura; y si realmente no perdió el juicio fué sin duda porque Dios tenía decretado que no escaparan á la justicia de los hombres los autores del crimen que se estaba realizando

Y la mano de Dios ha andado en esto. La fé de una mujer y la credulidad de un hombre que ofreció pruebas que no tenía para demostrar la culpabilidad del recluso en la isla del Diablo, comenzaron á agitar la opinión. Despues surgió una duda que enjendró una sospecha; más tarde surgieron quejas y reproches que se condensaron en acusaciones violentas. Media Francia se revolvió contra la otra mitad y cuando el ardor de las discusiones y el motín de las calles amenazaba acabar en guerra civil, un hombre ilustre, de espíritu fuerte y corazón entero, se irguió jigante frente á los antirevisionistas y con voz de trueno que se oyó en todo el mundo, gritó desde las columnas de «La Aurora»: ¡Yo acuso!

El acusador estaba en lo firme. Los resultados de su acusacion ya están vistos: Dreyfus es inocente. Una cuadrilla de falsarios lo hundió en la noche lobrega de la degradación y lo arrojó lejos de la patria para que se muriera poco á poco; pero el sol de la justicia ha alumbrado las tenebrosidades del proceso, poniendo de manifiesto á los culpables.

POR LOS PRISIONEROS

A punto de tomar la pluma para dar cuenta de las gestiones que llevan á cabo las madres y esposas de los prisioneros de Filipinas, domiciliadas en San Fernando, recibimos de aquella ciudad la siguiente carta que gustosos trasladamos á nuestras columnas.

Mientras con mas tiempo y espacio nos ocupamos de ella, la comunicamos á nuestros lectores, defiriendo á los deseos de la comisión de esposas y madres, de no perder tiempo.

He aquí la carta:

Sr. Director de EL ECO:

Muy Sr. nuestro y de nuestra consideración: Entre las muchas amarguras que hoy agobian el corazón de todo buen español, existe una que merece por su prolongación y por todas las circunstancias que á ella concurren, una preferente atención por parte de todos y un interés verdaderamente excepcional. Esta gran desgracia, que lastima el sentimiento de todo ser noble, porque despierta la compasión más grande al mismo tiempo que la indignación mas profunda, no es otra que el cautiverio horroroso que en Filipinas sufren hace un año diez mil españoles.

Esos infelices piden desde allí amparo y consuelo; sus angustiadas voces no llegan á los oidos de aquellos que tienen el deber de estar atentos á los clamores de los que por defender su Patria fueron víctimas de tan gran desgracia; pero llegan en cambio al corazón de los que aquí, lejos de ellos, lloramos y sufrimos un día y otro el dolor de verlos así abandonados. Las desoladas madres y esposas de esos mártires, no sabemos ya como implorar para ellos la atención que necesitan; y en vista de que no se nos oye y comprendiendo que aquéllas víctimas queridas exigen de nosotras algo más que lágrimas y oraciones, hemos acordado aquí, en San Fernando, unirnos muchas, todas las que podamos, y animadas con la idea de la santa causa que nos guía, llegar á Madrid en la primera quincena del mes en que estamos; allí hacer presente á todos los que tienen el deber de escucharnos, nuestro dolor y nuestro legítimo derecho á que se nos atienda ó se nos diga porqué esos infelices han de ser condenados á morir de hambre y de miseria.

Para que usted, Sr. Director, nos preste su valiosa ayuda, le dirigimos ésta, para que tenga la bondad de insertarla en su digna publicación y que sepan esas madres y esposas que leen estos renglones, que están escritos con lágrimas de otras madres y esposas que sufren el mismo dolor que ellas deben sufrir.

Que desde aquí las llamamos nosotras, si son pobres que no se arredren; entre nosotras también hay muchas que lo son; pero vamos pidiendo á todos una limosna y nos la dán porque es grande y noble el fin para que la pedimos.

Pedidla también vosotras las que no tengais medios y vamos juntas en nombre de Dios á clamar por nuestros séres sin ventura que gimen allí por su libertad perdida, por los séres amados de su alma que aquí les lloran y hasta por la ingrata Patria que los ha olvidado tan cruelmente: y si nuestra desgracia fuera tanta que no lográsemos alcanzar nada, siempre nos quedaría el consuelo de decir á esos séres queridos y á nuestras conciencias «hemos cumplido como buenas».

Es urgente el caso y una vez decididas, el tiempo que perdamos nos duele mucho, pues puede costar la vida á alguno de aquéllos por quien pedimos; así es que, abreviando trámites, sólo indicaremos que la empresa por hoy se reduce á reunirse en cada localidad el mayor número posible de madres y esposas de jefes, oficiales y soldados unidas todas y de la recaudación que hacemos se cubran los gastos de las que son pobres.

Para estar de acuerdo el día de la salida, que aun no hemos fijado; dirigirse á D.ª Elena Díaz de la Cortina, de Vázquez, Constitución, 228. Gestionamos rebaja en los trenes y de esto ya se dará cuenta. No atreviéndonos á molestarle más, Sr. Director, le anticipamos las gracias en nombre de todas las que estamos interesadas en la publicación de ésta y que Dios infunda en el corazón abatido de toda madre ó esposa que lea esta carta, el valor y la fé santa que á nosotras nos guía, para que nos acompañe en esta triste peregrinación y así sea más eficaz y conmovedora la manifestación de nuestro dolor.

De Vd. con toda consideración,

La Comisión.

EL MENSAJE

Aunque el Mensaje leido por S. M. la Reina Regente ante los representantes del país es más notable por lo mucho que deja vislumbrar entre renglones, que por los pensamientos que el Gobierno ha puesto en el texto, debemos declarar sinceramente y con entera franqueza que hubiéramos querido ver en esta solemne ocasión al jefe del partido conservador algo más expontáneo y sobre todo mucho más enérgico en la exposición de su programa, del programa que es necesario traducir en leyes del reino con imperiosa urgencia.

Gobernar en circunstancias normales cuando las cosas marchan á pedir de boca es tarea facilísima. Para eso sirve cualquiera, sirve el más débil y más ignorante de los ciudadanos de un país. Lo difícil, lo meritorio, lo que distingue al verdadero del falso estadista, aquello que le enaltece y le coloca muy por encima del nivel ordinario del vulgo de los políticos, es el aceptar el Gobierno

da donde está el caballero desconocido con dos criados, y procurad que yo pueda entrar en ella.

—Vamos, pues, dijo el sacristan, tomando el farol de sobre la mesa y saliendo del granero delante de Bizarro.

En el piso bajo, Sinforoso se puso una capa y un sombrero, abrió la puerta de la casa, salió con Bizarro, cerró, guardó la llave, y se pusieron en marcha, tomando por la calle Real hacia la salida del pueblo por la parte correspondiente á Guadalajara.

IV

El pueblo estaba sumido en el mas profundo silencio y completamente desierto.

Nadie habia visto salir de su casa al sacristan con Bizarro.

La noche era oscura y algo fria, porque ya iba vencido el mes de Agosto.

El reloj marcó la una de la madrugada.

Al salir del pueblo anduvieron algun espacio por la carretera hasta llegar á una cruz de piedra, mal alumbrada por la luz agonizante de un farol, pendiente de la cruz por un pescante de hierro.

Sinforoso torció á la izquierda por un sendero que

empezaba en la cruz y seguía por medio de tierras de sembradura.

Anduvieron por él en silencio durante media hora, el sacristan delante, y detrás Bizarro.

La noche era tan cerrada, que Bizarro apenas veía el bulto del sacristan, que le precedia algunos pasos.

De repente el sacristan se detuvo, asió de la mano á Bizarro y le dijo, arrastrándole consigo:

—Echémonos fuera de la senda: ¿no habeis oido?

—Sí, dijo Bizarro: oigo el ruido de las pisadas de muchos caballos.

—Son por lo menos veinte ginetes, dijo el sacristan.

—Así me parece, contestó Bizarro, y nada podemos hacer contra ellos.

—Ya están encima, dijo Sinforoso: echémonos á tierra, no sea que á pesar de la oscuridad de la noche nos vean los bultos y nos suceda alguna mala aventura.

Bizarro comprendió que era necesario seguir el consejo del sacristan, y se echó en tierra.

Poco despues, y á corta distancia de ellos, pasó al trote una tropa de ginetes.

Eran soldados, á juzgar por el ruido que producian sus espadas de montar.

—No os entiendo tampoco.

—Cumplís perfectamente con vuestra obligación, y os doy las gracias en nombre de ese caballero; yo soy de los suyos; me esperaba. ¿Está en la casa? Decidle que le traigo un mensaje de la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Obedece á este amigo, dijo Sinforoso, porque te conviene mucho, Matías.

—En efecto, dijo Matías, cambiando de tono: ese caballero está.

—¿Y han estado tambien aquí esos soldados? dijo Bizarro.

—Sí señor.

—¿Cuántos eran?

—Treinta, del regimiento de Saboya, según he oido.

—¿Y quién los mandaba?

—Un capitan.

—¿Venía alguien mas con ellos?

—Sí señor: un alcalde de casa y corte en una mula.

—Ese alcalde ¿ha hablado con ese caballero?

—Sí señor: han estado encerrados mas de media hora.